

LIBROS

Los poemas humanos, de Claudio Rodríguez

Este poeta es siempre claro. Su obra luce como el oro y la plata que hay en los días de paisaje castellano-leonés (zamorano) de su nacimiento y primera juventud. Así nos habla siempre: de claro en claro. Ahora en un nuevo libro, que vuelve a celebrar el mundo, Claudio Rodríguez es un poeta meridiano y castellano, aunque no en el sentido de la exactitud lumínica y la perfección "estante" de Jorge Guillén, su preclaro antecesor. Es menos cosmopolita y cosmológico, más entrañado en el paisaje de cercanías y "vividurias" que es nuestro mundo diario. La experiencia cotidiana sirve de base para una elaboración humana a carta cabal de su poesía.

Jorge Guillén y San Juan de la Cruz son dos lumbres y cumbres que el poeta contempla placenteramente en la distancia. Federico García, Luis Cernuda y Fray Luis serían también fácilmente "oidos" como aromas de un clima poético de amplia ambientación que hace referencia a la común experiencia artística española. El espectro de señales consonantes se abriría hacia fuera con nombres como el de Virgilio, Rimbaud, Eliot, Holderlin... pero sabemos que nuestro poeta es profunda y eminentemente personal. Voz distinta de su generación; nunca eco.

"El vuelo de la celebración" (1), nuevo libro de Claudio, se publica diez años después de "Alianza y condena" (1965). Anteriormente había publicado "Conjurios" (1958) y "El don de la ebriedad", que fue premio Adonáis en 1953. En 1971 se hizo recopilación de los tres, incluyendo un esclarecedor prólogo de Carlos Bousoño. El poeta es de ritmos lentos y elaborados.

Con este "Vuelo de la celebración" torna Claudio al tino y tri-

no de una palabra persuasiva y amistosa que va desplegándose y replegándose en sucesivos pétalos hasta constituir en cada composición algo que podríamos llamar poema-flor: gracia y naturalidad.

Ya el primer verso de un Claudio casi adolescente, descendía del confin celeste con vuelo medurado para buscar tierra donde aposentarse. Nunca evasión, siempre fiel alianza: vuelo y suelo. Gran equilibrio entre imaginación creadora y sustancia de realidades por mínimas que pa-

res, ciegos, lazarillos, taberneros, oficinistas, jubilados... Claudio parece presente y ausente a un tiempo. Los demás, cantan, miran, hablan. Cuando en alguna ocasión le hemos preguntado al poeta qué hacía allí, se ha sorprendido de su propia situación, pero nos ha dicho que se hallaba "celebrando el estar con todos". La pintura tiene aspecto de vital y nos ofrece la imagen de un momento cotidiano provincial en el que se ve —a todas luces y a muchas voces— cómo se sacan fuerzas de flaqueza para nave-



Claudio Rodríguez, junto a Jorge Guillén.

rezcan. Ya en los comienzos habla con iluminación salvadora del mundo. La constatación, aparentemente sólo descriptiva, del descenso de la luz natural tiene un ingrediente de "visión" que es más que simple ejercicio ocular. Ojos de hombre-poeta que al mirar interrogan y aman, encienden y entienden; ojos que admiran cuando miran: "Siempre la claridad viene del cielo/es un don: no se halla entre las cosas, sino muy por encima, y las ocupa/haciendo de ello vida y labor propias./Así amanece el día; así la noche/cierra el gran aposento de sus sombras/y esto es un don...".

Pienso necesariamente en las confluencias del ámbito zamorano (un modo más comunal, vecinal y en corro de hacer la vida) en la obra de Claudio Rodríguez.

Hay en Zamora una pintura de Antonio Pedrero que ilustra muy bien sobre el sentido coral y vecinal de los encuentros de algunas gentes. En ella vemos a nuestro poeta, sumido en una cercanía de taberna, con otros: carpinteros, albañiles, esculto-

gar en un precario presente. Estamos en 1954. Claudio contaba veinte años y terminaba de publicar su "Don de la ebriedad".

La obra de Claudio es siempre de un admirable equilibrio y ponderación. El primer libro es más cósmico; después se van humanizando más y más las modulaciones. Gentes humildes y menesterosas se dejan oír en "Alianza y condena" y en "Conjurios"; con claro acento de simpatía. En este "Vuelo de la celebración" hay también un personaje de taberna que el poeta toca al borde de la madrugada hilando con el humo del cigarrillo florales apariciones. Y es un Rey: de Humo. Vedlo, no hay milagro: "Sacó un plato pequeño y dibujó en la entraña/de la porcelana,/con sus uñas maduras/como los niños/¿Ves?/¿No oyes el viento de la piedra ahora?/Sopló sobre el dibujo/y no hubo nada./Adiós,/yo soy el Rey del Humo".

Personas y personajes sobrepasan la condición de "clase" y de cualquier ideología preconcebida.

El poeta habla de amor y de labor. Nunca es fría su lengua. Siempre registra bien y a las mil maravillas la fraternidad de sus universales celebraciones. La ocasión de efectuarlas en este "vuelo" enamorado de ahora se la dan, de nuevo, las más variadas manifestaciones de lo que pasa y hay: una lágrima, una amapola, un vuelo de papeles, una mirada, una sonrisa, por la que entra el amor, y la flor, un corro de niños, una pintura, un perro, una muerte (también de amor y flor), una historia, una mentira... Cada poema es un fervor que semeja respiración o árbol airoso; que eleva a "canto" —general y humano— los momentos, aparentemente dispersos, de la vida. Y lo hace con palabras suaves como hierba templada. Esta de Claudio, según propias palabras, es poesía "oral y coral"; invitación a vivir hacia el encuentro con lo que existe: "Miserable el momento si no es canto".

El "Vuelo de la celebración" no es solamente la celebración del vuelo. Prevalece en él la reunión al despegue, pues celebración es unión, reunión, memoria, alabanza. A este término de expresión y de interpretación se unen los de "desvelación y salvación". Celebración, salvación y desvelación de seres y acontecimientos, sin implicar "específicas" connotaciones religiosas. Para Claudio Rodríguez la poesía, como todo arte, "consiste en revelar al hombre su destino en relación con la totalidad de su época; en decirle aquello por lo cual es humano con todas las consecuencias". Y "salvación no quiere decir personal, sino de la realidad; que también puede ser crítica social y política y no tiene por qué ser aceptación de lo establecido". ■ JUSTO ALEJO.

Un zapador se confiesa

No sé si la producción teórica crítica de los franceses durante este siglo es tan abrumadoramente importante como ellos están dispuestos a creer, pero no cabe duda de que es realmente importante. Y lo fundamental de esa teoría crítica es que nunca se ha desvinculado completamente de una práctica rica e imaginativa, de un particular estilo subversivo que une ciertas sofisticadas formas de culturalismo racionalista con una indudable, aunque no tan frecuente

(1) Rodríguez, C., "El vuelo de la celebración". Visor. Madrid, 1976.

Alianza Editorial

El libro de bolsillo

Francisco Guerra
Las medicinas marginales
LB 652, 150 ptas.

Julio Cortázar
Los relatos
1. Ritos
LB 615, 200 ptas.

2. Juegos
LB 624, 200 ptas.

3. Pasajes
LB 631, 200 ptas.

Los anarquistas
Selección de I. L. Horowitz
1. La teoría
LB 574, 250 ptas.
2. La práctica
LB 629, 200 ptas.

Jorge Luis Borges
Evaristo Carriego
LB 628, 150 ptas.

K. C. Chang
Nuevas perspectivas
en arqueología
LB 627, 150 ptas.

Georges Sorel
Reflexiones sobre la violencia
LB 626, 250 ptas.

Tom Bottomore
La sociología marxista
LB 625, 100 ptas.

Joseph Conrad
El corazón de las tinieblas
LB 623, 100 ptas.

Steven Goldberg
La inevitabilidad del patriarcado
LB 622, 200 ptas.

Solicite catálogo a
Alianza Editorial
C/. Milán, 38. Madrid-33
C/. Mariano Cubí, 92. Barcelona-6

LETRAS • ESPECTACULOS

espontaneidad vital. Que un mismo país —casi diríamos: que una misma ciudad— haya servido de marco y caldo de cultivo a dadaístas, surrealistas, situacionistas y a la rebelión de mayo del 68, al existencialismo de Sartre y al psicoanálisis de Lacan, con todas sus influencias en los comportamientos cotidianos, es algo bastante impresionante por mucho margen que se conceda a la capacidad de autopromoción que muestran siempre los parisinos. Si el Espíritu del Mundo que Hegel glorificó sopla alternativamente en distintas naciones a través de las épocas, bien podemos reconocer que durante los últimos sesenta años ha instalado a orillas del Sena su permanente ventolera, al menos en lo tocante a la tarea de soñar reflexivamente una nueva forma de vida.

Dada la devoradora obsolescencia que roe casi inmediatamente de nacer a la mayoría de estos intentos de socavar lo vigente y dado que quienes se vinculan a ellos suelen aferrarse a su adscripción más allá de la vida real y eficaz de su compromiso, no es fácil encontrar un testigo que pueda prestar testimonio histórico sobre más de uno o a lo sumo de dos de ellos. El principal interés de la figura de Henri Lefevre es que ha estimulado activamente numerosos planteamientos radicales sin dejarse devorar ni agotar por ninguno de ellos en exclusiva. Según dice él mismo, con parcialmente razonable autocomplacencia, ha abierto muchas carreteras y luego se ha apartado para dejar a otros avanzar por ellas. Ahora cuenta algunos de los principales episodios de su movida peripetia teórica y vital en un libro-entrevista (1) de esos que últimamente se están poniendo muy de moda entre los filósofos franceses (2). Lo que fundamentalmente define a Lefevre es su doble vocación de rebelde y de hereje. En cuanto rebelde se apunta a todos aquellos movimientos que pretenden realizar sin contemplaciones lo más revolucionario del proyecto marxista; en cuanto hereje, se desliga de ellos tan pronto como ve coartada su capacidad de disidencia, sin la que no concibe el libre juego político y filosófico. Los dos puntos esenciales que

(1) "Tiempos equívocos", de H. Lefevre, Ed. Kairós, 1976.

(2) Los dos últimos que he leído son "Politiques de la Philosophie" (Châtelet, Derrida, Foucault, Lyotard, Serres) en Grasset, y "La philosophie et les pouvoirs" (J.-T. Desanti, editado por Calmann-Lévy).



Henri Lefevre.

para Lefevre se potencian en la concepción teórica de Marx son la alienación, que alude a algo más que a la injusticia o a un conflicto entre lo grande y lo pequeño, siendo algo así como un bloqueo general de las posibilidades ("posibilidad de la imposibilidad" llamó Heidegger a la muerte), y la supresión definitiva del Estado. Ambos remiten al concepto de "vida cotidiana" o "cotidianidad", sede real de la mutilación que impone el dominio de la explotación y auténtico campo donde debe jugarse la carta liberadora. Esto último es hoy tópico del que todo el mundo se reclama, pero bueno es recordar que fue Lefevre quien puso en juego la noción y los primeros análisis válidos de ella. Este interés por la cotidianidad se enraza en la personalidad nada "abstracta" de Lefevre, en su vitalismo gastronómico y amoroso, en la exuberancia de unas pasiones carnales que su oficio intelectual no quiere ni puede negar. Ahora que en España tanto nuevo asceta justiciero asoma la oreja por el siempre ominoso futuro, hay que popularizar este grito de batalla: ¡queremos jacobinos sensuales! Porque los otros empiezan cortando penes y acaban haciendo rodar cabezas: para los sensuales, las cabezas y pichas que se mutilan no son nunca del otro, son siempre **nuestras...** Henri Lefevre, occitano, con abuelos vascos, es afortunadamente un hombre con sentido de la tierra y del cuerpo: eso le habrá emancipado de más dogmatismos que todo su buen olfato teórico...

Lefevre fue fundador del Partido Comunista francés y de la Internacional Situacionista, para luego verse como disidente aborrecido de ambos; fue amigo-enemigo de los surrealistas, de Max Jacob, de Bataille; figura clave de revistas como "Arguments", de grupos como

"Socialismo o barbarie"; fascinado por Nietzsche desde una época en la que no se le mencionaba más que como líder ideológico del nazismo; sus cursos de sociología en Nanterre, apoyado por adjuntos como Jean Baudrillard o René Loureau, con alumnos como Daniel Cohn-Bendit, se consideran detonador inmediato de mayo del 68. Todo esto lo cuenta Lefevre a sus anónimos interlocutores con ironía, serenidad y desparpajo. Es difícil estar siempre de acuerdo con él, con sus gustos demasiado artificiosamente agresivos o con sus opiniones demasiado obvias sobre lo que visceralmente le desagradaba, con su reciente entusiasmo teórico y práctico por el Partido Socialista francés; hay algo así como cierta insuficiencia esencial en toda su labor teórica. Quizá sea que no ha logrado articular convincentemente el apasionamiento de su vida con los recursos estilísticos de su razón. Pero es imposible no interesarse por una aventura teórica, histórica y política tan hondamente significativa, tan llena de oportunidades y contrastes como la de Lefevre. En estos tiempos equívocos, como todos, brilla aquí lo único inequívoco: el deseo de acabar con lo que limita el amor y la creación, la pasión de la libertad. ■ FERNANDO SAVATER.

La Iglesia en el franquismo

José Chao acaba de publicar esta obra de gran envergadura por el análisis documental y doctrinal que supone.

En dos partes estudia el fenómeno de la Iglesia en tiempo de Franco. La primera, mucho más